

LA FILOSOFÍA LASATER DE LA CRÍA VACUNA

por

LAURENCE M. LASATER

editor y traductor

MARCOS GIMÉNEZ ZAPIOLA



EDITORIAL SANTA CRUZ

2011

Versión en español, revisada y ampliada, del libro
The Lasater Philosophy of Cattle Raising, editado originariamente
por Texas Western Press en 1972.

Tercera Edición 2011
Editorial Santa Cruz

Library of Congress Catalog Card Number 99-93975

ISBN 0-9672336-0-7

Copyright © 1999
Laurence M. Lasater y Marcos Giménez Zapiola

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o
transmisión total o parcial sin autorización de los titulares del copyright.

Distribuidor:
Isa Cattle Co., Inc.
Box 60327
San Angelo, TX 76906
(325) 949-3763
www.isacattleco.com

PARA ANNETTE
Y
NUESTROS PADRES



DAROL DICKINSON

“El Dr. Jan C. Bonsma, de Sudáfrica, ha caracterizado al rodeo Beefmaster de Lasater como cercano a la perfección en eficiencia funcional.”¹

CONTENIDO

<i>Prólogo del autor</i>	9
<i>Introducción a la edición en español</i>	13

PRIMERA PARTE – LA FILOSOFÍA LASATER DE LA CRÍA VACUNA

<i>Introducción</i>	25
I <i>El papel del gerenciamiento</i>	31
II <i>Un programa de cría bien concebido</i>	35
III <i>Disposición</i>	39
IV <i>Fertilidad</i>	43
V <i>Peso</i>	47
VI <i>Conformación</i>	49
VII <i>Rusticidad</i>	51
VIII <i>Producción lechera</i>	53
IX <i>La potencia del toro</i>	55
X <i>La potencia de la vaca</i>	61
XI <i>La industria del engorde a corral</i>	67
XII <i>Los impuestos y la propiedad de la tierra</i>	71
XIII <i>El origen de la raza Beefmaster</i>	75
XIV <i>Conclusión</i>	79

APÉNDICE A

<i>El patrón de excelencia del Beefmaster de Lasater</i>	81
--------------------------------------------------------------------	----

APÉNDICE B

<i>En defensa del productor ganadero</i>	83
----------------------------------------------------	----

<i>Referencias</i>	85
------------------------------	----

SEGUNDA PARTE – LA GANADERÍA DEL FUTURO

I <i>La nueva industria ganadera</i>	89
II <i>Cómo adecuar el ganado al medio en los pastizales naturales</i>	99
III <i>Hacia una ganadería rentable: claves para optimizar el capital</i>	105
<i>Colaboradores</i>	118



MARCOS GIMENEZ ZAPIOLA

Laurence M. Lasater

*“El criador de animales dirige la propia chispa de la vida.
Las posibilidades de su arte son casi infinitas.”*

Anónimo

Prólogo del autor

El año 1997 marca el vigesimoquinto aniversario de la publicación de este libro por la Texas Western Press. De manera muy inesperada, el libro ha sido uno de los acontecimientos descollantes de mi carrera como ganadero.

El pasado cuarto de siglo ha sido un período difícil para la industria ganadera norteamericana. Sesenta años de subsidios a la agricultura y la lechería han deteriorado la viabilidad de la ganadería basada en el pasto. A partir de 1980, la política monetaria del gobierno, basada en elevar la tasa de interés, ha consumido el capital de las empresas ganaderas. Tras cuatro años de sequía, tres de mis mejores amigos de esta parte occidental de Texas han perdido este año parte o la totalidad de sus ranchos. Todos ellos son administradores de alto nivel, además de ganaderos de segunda o tercera generación.

Durante las dos últimas décadas, los productores ganaderos hemos perdido, con nuestras carnes, el 25% de la participación que teníamos en el mercado consumidor. Esos mismos años han visto cómo la ganadería del ovino perdía su capital y su viabilidad debido, en parte, a las políticas del gobierno. Hace poco más de veinte años, se prohibió el uso del Compuesto 1080 para controlar a los coyotes, decretando el principio del fin de una gran industria. Luego de cuarenta años de vigencia, los subsidios a la lana y al pelo de cabra fueron eliminados este año. Esta política de subsidios anuló el incentivo para desarrollar mejores métodos de manejo de los predadores, así como para la creación de nuevos productos y mercados. A la larga, esto terminó con la industria ganadera ovina.

En 1987 fui coautor del libro *Welcome to the New Cattle Industry (Bienvenidos a la nueva industria ganadera)*, donde pronosticaba con acierto los cambios que se iban a producir en la propiedad y gestión de los ranchos norteamericanos, como consecuencia de las fuerzas económicas. Sin embargo, nadie hubiera podido prever la magnitud real de lo que iba a suceder. A nadie se le hubiera ocurrido, por ejemplo, que en ese mismo lapso alguien como Ted Turner podría fundar una empresa, la CNN, y en pocos años vendérsela a Time-Warner a casi 2.000 millones de dólares. Ahora, Turner posee millones de hectáreas de tierras ganaderas. Este escenario de empresarios adinerados que compran grandes ranchos se viene repitiendo centenares de veces.

A pesar del subsidio a la lechería, que permanece sacrosanto, hay una nota positiva en cuanto el programa de subsidios agrícolas se va achicando, y la industria agrícola norteamericana se empieza a alinear con el mercado mundial. No obstante, el 30% de la carne norteamericana proviene de ganado Holstein subsidiado. El empleo de animales de la industria láctea, combinado con tasas de interés artificialmente elevadas, ha hecho un enorme daño a la industria ganadera que produce a campo abierto.

Nos estamos moviendo hacia un mercado global y hacia una perspectiva global, y el este libro es un ejemplo de ello. La parte del león en el mérito

por esta edición revisada pertenece a mi amigo y colaborador, el Dr. Marcos Giménez Zapiola, de la Argentina, cuyo manejo acabado del inglés, junto con su conocimiento preciso de la industria ganadera norteamericana, han permitido finalmente realizar este proyecto, tantos años postergado. Tenemos en común nuestro interés por las ideas que hacen la diferencia en todas partes del mundo. También nos une la apreciación compartida por los valores que encarnan los mejores exponentes de nuestra gran industria, dondequiera que sea.

También ha habido algunos procesos alentadores para la ganadería, aunque sean menos visibles para el público general. En 1980, Allan Savory y Stan Parsons vinieron de la entonces Rhodesia a EE.UU. para enseñar el arte y la ciencia de la ganadería. Su primer curso, que dictaron en San Angelo, Texas, fue patrocinado por nosotros a través de Isa Cattle Co. Ellos, junto con otros, han creado en mi país la conciencia de que la ganadería es en realidad el manejo de cuencas hídricas, que es quizás uno de los problemas centrales que enfrenta la hoy urbana nación norteamericana. Es posible que parte de la salvación económica de los establecimientos ganaderos extensivos provenga de la administración lucrativa de las cuencas hídricas para la recreación y para la recuperación de los acuíferos, siendo la producción de carne y fibras un ingreso secundario.

En 1997, el primer proyecto aprobado por el Senado de Texas establece un Plan de Aguas para el estado. Los economistas estiman que la sequía de la década del 90 ha costado a Texas 5.000 millones de dólares. Y para los próximos veinte años, pronostican que un déficit anual del 15% en los requerimientos hídricos estatales costará eventualmente al fisco 20.000 millones de dólares al año. De estas cifras surge con claridad que en el futuro el manejo de cuencas hídricas, como la recreación hoy, va a generar gran cantidad de dólares para los establecimientos ganaderos extensivos.

La Asociación para el Progreso de la Reproducción y la Genética Animal tuvo su reunión anual en Australia en el pasado mes de marzo. El discurso de apertura estuvo a cargo de un equipo de investigadores de la Texas A&M University, quienes presentaron la tesis de que las ideas y realizaciones de la familia Lasater a lo largo de este siglo, tal como se presentan en este libro y en el de mi hermano Dale, *Falfurrias*, sirven como plan maestro para el progreso genético en el siglo próximo. Los autores invocan al Eclesiastés, 1, 9 (“Lo que fue volverá a ser”), pues consideran que los desafíos que la industria ganadera enfrentará en el siglo XXI serán probablemente los mismos del siglo XX:

1. Entender la relación entre el sistema productivo y el medio ambiente.
2. Identificar el tipo correcto de vaca adecuada a los recursos disponibles, en el marco de una producción de bajo costo.

3. Diseñar y ejecutar planes reproductivos eficientes para obtener ese tipo de vaca.

Desde su reconocimiento en 1954, la raza Beefmaster ha alcanzado una posición prominente. Ocupamos hoy el quinto lugar en animales inscriptos en el registro, adelante de la Charolais. Este éxito no tiene precedentes, siendo una raza que comenzó como el emprendimiento de un hombre solo. Es interesante comprobar que las ideas de los Lasater y las de Allan Savory apuntan directamente a las necesidades de los pueblos de todas las naciones, sean habitantes rurales o urbanos. La genética de poblaciones se inserta a la perfección en las ideas de Savory sobre el manejo de los pastizales del mundo con grandes manadas de ganado en pastoreo, rodeados de sus predadores naturales, produciendo alimentos, fibras, recreación y aguas limpias para un mundo urbanizado y sediento.

Tom Lasater, el protagonista de este libro, se retiró en 1986 tras una carrera de cincuenta y cinco años. La empresa ganadera que formó junto con nuestra madre, Mary Casey Lasater, quien falleció en 1980, obtuvo ganancias operativas año tras año, sin excepciones, desde 1933 hasta 1986. Dale, su segundo hijo, se hizo cargo entonces de la sociedad familiar propietaria del Lasater Ranch, y ha realizado una tarea excelente. Mi padre todavía recorre a diario el ganado con él. Papá les dice a los visitantes “Dale me despidió”, de modo que quienes lo conocen sepan que es el mismo Tom Lasater de siempre, pese a sus 86 años.

Por nuestra parte, mi esposa Annette y yo, la joven pareja que fue a México en 1964 ya es una familia de siete miembros. Nuestros hijos Lorenzo e Isabel, nacidos en ese país, ya se han casado. El varón, casado con Leslie Fry, es vicepresidente operativo de Isa Cattle, bajo la mirada atenta de mi esposa, que sigue trabajando con la misma eficiencia de hace 33 años. El libro de Annette, *Two to Mexico (Dos a México)*, sobre nuestros años mexicanos, ha sido un gran éxito y se ha agotado, así que pensamos reeditarlo. Isabel, que dio su nombre a nuestra compañía, se ha casado con J.C. Hernández, que es profesional de golf. Como bien dice la revista de ex-alumnos de Princeton, mi universidad, “estoy bien para ser abuelo, gracias a mi hijo que se ocupa del trabajo duro y mi yerno que me enseña a jugar al golf”.

Nuestro primer nieto, que lleva mi nombre, se prepara para tomar su lugar en la sexta generación ganadera de la familia.

Con Annette nos place recordar las palabras de mi bisabuela Sallie Reynolds Matthews, en su libro sobre los comienzos de la colonización de Texas, *Interwoven*:

Sin duda, la bondad y la clemencia nos han seguido
cada día de nuestras vidas,
y estamos agradecidos al Dador
de cada uno de estos dones perfectos.

Laurence Matthews Lasater
San Angelo, Texas, 1997



Laurence y Annette Lasater con su familia—2010

Introducción a la edición en español

Laurie Lasater escribió este libro hace más de un cuarto de siglo, en un esfuerzo para superar el agobio de la terrible sequía de 1971. Necesitaba hacer algo que fuera a la vez útil y que no le agregara ningún costo a los que ya le causaba la adversidad de la naturaleza. Y decidió escribir el libro que llevaba en su mente desde hacía varios años. Este ejercicio de voluntad terminó siendo una de las obras más importantes de su vida, a la vez que un clásico de la ganadería norteamericana.

Lasater, una familia que pone la marca

Tom Lasater, el padre de Laurie y de esta filosofía, es un adelantado a su tiempo. Durante años, sus ideas fueron consideradas excéntricas o directamente locas. Tuvo la fortuna de vivir lo suficiente para ver los frutos de su esfuerzo y recibir el reconocimiento general por su visión pionera. Su filosofía y el Beefmaster datan de la década de 1930, pero a las puertas del siglo XXI siguen estando muy adelante de la masa.

Su visión se refleja en su manejo. Desde 1937, recurre a sus propios toritos y vaquillonas de reposición. Vacuna a sus crías un par de veces contra las clostridiosis, a las terneras contra brucelosis – por ley –, y punto. Nada de antiparasitarios gastro-intestinales, aspersiones contra piojos o moscas, o las vacunas séptuples que son norma en su país. ¿Compraría un toro a este ganadero? Sus vecinos de Matheson, Colorado, no lo hacen. Llevan 50 años pensando que este texano es un loco. Lo mismo pensaba la mayoría de sus colegas cuando creó una raza basada en estándares de rendimiento y no de pelaje, a la que denominó Beefmaster. ¿Para qué hacer una raza nueva, cuando hay tantas y tan buenas? Lo mismo se habrá dicho, en su momento, de todas y cada una de ellas.

Suele suceder que a los grandes innovadores se los identifique con un producto o con una marca y no con las ideas que les permitieron lograrlos. Henry Ford es recordado por una marca de automóviles, pero sus grandes creaciones fueron la línea de montaje y la idea de que el automóvil debía estar al alcance de las masas. Lo original de Lasater es su enfoque innovador desde el potrero en una actividad dominada por el entorno, donde las ideas suelen venir desde afuera, lejos de la realidad del campo. Ese enfoque se resume en la Filosofía Lasater, que es un modo de pensar y trabajar en la ganadería. Tom Lasater desarrolló estas ideas mientras creaba su gran producto, la raza Beefmaster. Pero estas ideas son tan independientes de la raza como ésta lo es de la mera cruce del Hereford, el Shorthorn y el Brahman. Este libro no es un manual para futuros criadores de Beefmaster, es una guía para cualquiera que desee aprovechar mejor sus vacas y su campo.

Un poco de historia: el primer Lasater

Tom Lasater, nacido en 1911, no es producto de la generación espontánea. Su padre, Edward Cunningham Lasater, fue un destacado ganadero del sur de Texas, propietario de 140.000 hectáreas lindantes con el King Ranch. Había comenzado como revendedor de ganado y de caballos en 1883, pero el aval de un tío le permitió acceder al crédito bancario, y con él, a la adquisición de tierras y ganados. Adelantándose a la llegada del ferrocarril, se hizo fuerte en el extremo sur de Texas, donde fundó el rancho y luego el pueblo de Falfurrias.

La ganadería texana se había formado a partir del ganado longhorn criollo, adaptación local del bovino traído por los españoles. Se lo mestizó con las razas británicas más en boga entonces, el Shorthorn o Durham y el Hereford. Al igual que en otras zonas cálidas del mundo, esta mestización mejoró la calidad del producto final, pero a costo de complicar las cuentas del productor ganadero, pues se trataba de razas poco adaptadas al clima, los pastos y las enfermedades y plagas de Texas. Lo que se avanzaba en calidad, se retrocedía en cantidad. Es mérito histórico de los ganaderos texanos haber percibido la oportunidad que el bos indicus abría al progreso de su actividad, llevada a la práctica mediante la importación de reproductores, la selección y el cruzamiento con los rodeos locales. Ese es el origen del indico en EE.UU., y por ende, el antecedente del Santa Gertrudis y del Beefmaster, dos típicas creaciones del ingenio norteamericano.

Ed C. Lasater era un innovador, y captó de inmediato las posibilidades de estos animales tan exóticos. Mientras muchos afirmaban que el cebú iba a destruir la ganadería nacional, el primer Lasater cruzó con indico en 1908, años antes que sus afamados vecinos. Había formado un plantel Hereford muy adaptado a la zona, pues lo había seleccionado por la pigmentación en los ojos y ubres y por la aptitud lechera, e hizo Braford cuando todavía se discutía si el Polled era Hereford o una degeneración.

El punto débil en su estrategia empresaria era el endeudamiento. Mientras las tierras se valorizaban por encima del endeudamiento, no había problemas. Pero cada vez que el ciclo ganadero, o la economía en general, entraban en baja, su situación se revertía, y el pago de los préstamos se hacía insoportable.

El segundo Lasater, un “hijo de la Depresión”

La crisis del 30 terminó con sus empresas y con su vida, y el joven Tom, su hijo menor, debió dejar sus estudios en la afamada Princeton para hacerse cargo del naufragio. Tenía apenas 20 años. Pudo rescatar unas pocas vacas, que comenzó a manejar en campo arrendado, mientras se empleaba como capataz de un tío materno. En esas vacas estaba escondida una riqueza sin precio: la genética acumulada por su padre a lo largo de décadas de selección por adaptación al medio. Fue la base de una nueva filosofía ganadera y de una nueva raza, que a su debido tiempo permitirían a Lasater construir su rodeo, comprar su

campo y, por qué no decirlo, mandar sus hijos a Princeton, a terminar lo que él debió dejar trunco en su juventud.

En vez de replegarse sobre las prácticas tradicionales para enfrentar tamaña reversión en su fortuna, Tom eligió cambiar la forma de trabajar en la ganadería, pensando hacia el futuro. Su primera innovación fue poner cencerros en todos los caballos. Manejaba ganado arisco en zona de monte denso, y quería controlar que los vaqueros no anduvieran persiguiendo y lastimando animales inútilmente: el ruido de los cencerros los delataría. Admite que pudo imponer esta idea porque eran los años de la Depresión y la gente necesitaba el trabajo, pues de otra forma se hubiera quedado solo.

Jamás podían juntar todo el ganado en los corrales: siempre quedaba parte en el monte. Puso a uno de sus empleados, el más viejo, en un carro con una bolsa de maíz, con la misión diaria de atravesar el campo tocando una campana, entrar al corral y repartir maíz a los animales que lo hubieran seguido. Al cabo de un tiempo, logró con un solo hombre lo que antes no conseguía con cuadrillas de vaqueros.

Pese a la Depresión, Lasater previó que la mano de obra rural sería en el futuro cada vez más cara y difícil de conseguir. Como el monte texano seguiría estando, sólo quedaba procurar que el ganado diera menos trabajo. Tomó una determinación drástica: seleccionar por temperamento. Contra los consejos de amigos y vecinos, comenzó a descartar animales ariscos. “Tomás, estás loco, te va a quedar el 30% del rodeo”, le decían. Así fue, pero el resultado acumulado de 65 años de selección por disposición animal es impresionante: pese a ser criados totalmente a campo, los toros de su rodeo son tan tranquilos que uno se puede arrimar y espantarles las moscas con la mano. La investigación científica comprobó más tarde que el temperamento es un rasgo de alta heredabilidad.

Otro concepto revolucionario, sobre todo en aquellos años, fue seleccionar el ganado por su aptitud para producir carne de calidad, dejando de lado los criterios estéticos de las razas. En vez de mirar el animal en el campo, había que imaginar el producto en el gancho. Una vez cuereado, poco importa de qué color era el animal. Estos conceptos chocaron con los métodos de selección vigentes, basados en los reglamentos de las razas, y son la base de las pruebas de rendimiento, que entonces eran apenas una idea en la mente de investigadores de avanzada. La selección por eficiencia funcional sería desarrollada por Bonsma en Sudáfrica precisamente a partir de 1937, año en que Lasater cerró su rodeo.

Para 1940, ya tenía 2.000 cabezas. En 1946 pudo comprar al contado su primera tierra propia en Matheson, Colorado, adonde trasladó su rodeo y estableció el Lasater Ranch. Se enorgullece de haber tenido ganancias con la ganadería a lo largo de su vida.

El rodeo de su padre era Hereford, Brahman y lo que luego se llamó Braford. Tom introdujo dos toros Shorthorn para cruzarlos con los vientres índicos, siguiendo el camino inverso de sus vecinos del King Ranch. Las restricciones

financieras le impidieron comprar más toros, y comenzó a usar los mejores machos de cada craza con las hembras de la otra. Pronto descubrió que la craza de las cruzas daba terneros mejores, y vaquillonas de reposición más productivas, que las cruzas simples originales.

Se fijó como meta perfeccionar la combinación racial del Brahman, el Shorthorn y el Hereford, a la que bautizó, con acierto envidiable, Beefmaster, la raza carnífera maestra. A la selección por disposición agregó otros cinco caracteres: fertilidad, peso, conformación, rusticidad y aptitud lechera. Son los famosos seis esenciales, el mínimo denominador común de la selección: menos caracteres serían insuficientes, y más, serían redundantes. Interesa más la norma de conducta con que aplicó esos criterios, que consiste en el descarte inmisericorde de todo animal que no cumpla con los estándares fijados. Dice su hijo Laurie que Tom Lasater es la única persona que conoce, en toda la ganadería norteamericana, que jamás ha hecho una excepción respecto de las normas de selección. Así fue como se vió en el trance de reducir su rodeo a 350 vacas a comienzos de los años 50, pues la intensa sequía había determinado un bajo porcentaje de preñez. Y lo hizo.

Inicialmente, siguió el criterio convencional: seleccionar el mejor toro y maximizar sus oportunidades de multiplicación. Hacia 1940, creyó haber logrado el super-toro, el fundador de la raza, el equivalente del Monkey de los Santa Gertrudis. Pocos años después, decidió entorar a los 14 meses, para descubrir que toda la progenie del super-toro fracasaba ante la nueva exigencia: fallaban en el primer servicio, y si no, en el segundo. Eran demasiado grandes para ese medio y ese manejo. En pocos años esa corriente de sangre desapareció del rodeo. Sacó como conclusión que la selección natural era una jueza más sabia que él y resolvió dejar que la propia naturaleza eligiera y rechazara por él. Restableció el servicio colectivo, pues a la larga, los mejores toros tendrían que prevalecer.

Desde entonces, no cree en el toro ideal, sino en la renovación constante de los toros. Si un toro es bueno, dejará su progenie. Lo importante es que la progenie sea siempre mejor que el progenitor, manteniendo un elevado nivel de exigencia en el rendimiento animal y sin atender a los caracteres externos.

Una ganadería en armonía con la naturaleza

Su idea de que la naturaleza es más sabia que nosotros lo llevó a ir modificando gradualmente su manejo del medio ambiente. Luego de haber combatido cuanta “especie problema” se pueda imaginar, comenzó a respetar y a favorecer los equilibrios naturales. Fue uno de los primeros en impedir la caza de especies naturales, incluyendo el coyote: si una vaca no puede defender su cría del coyote, no merece perpetuar su progenie. Y terminó prohibiendo matar la víbora de cascabel: si está allí, por algo será. Dejó de envenenar las hormigas, para descubrir, años después, que las vacas tenían predilección por

pastorear los lugares donde había habido hormigueros. Abandonó la lucha contra la yuca mediante el arsenal químico y mecánico, y logró controlar su avance utilizando el impacto animal. Su visión natural de la ganadería se integró armónicamente con las ideas de Allan Savory, aumentando la carga animal y mejorando a la vez los pastizales.

En materia de sanidad animal, fue reduciendo los tratamientos en pos de seleccionar animales capaces de resistir por sí mismos las amenazas del medio. Su última innovación, en 1969, fue dejar de combatir la mosca de los cuernos y dejar el asunto en manos de la naturaleza. Bajo su estricto esquema de selección, sólo podría perpetuarse la progenie de los individuos resistentes a la mosca. Ya había probado esta idea al dejar de combatir los parásitos internos. Un cuarto de siglo más tarde, sus vacas no tienen casi moscas, y si las tienen, no parecen molestarlas. Los toros tampoco se inmutan, a pesar de que atraen muchas más de las 200 moscas a partir de las cuales habría que fumigar. La naturaleza, si le damos tiempo, se ocupa de nuestros “problemas” mejor que nosotros mismos, con nuestra vanidad tecnológica.

El pedigree darwiniano

Su concepto de la selección procura alimentar un proceso de refinamiento y de reflujo genético, descartando la parte inferior de cada generación y recombinando el resto de la población. El concepto normal es seleccionar el mejor toro y reducir la diversidad, tratando de que todos se parezcan a ese toro modelo. Lasater, en cambio, procura mantener la diversidad y dejar que los más aptos de cada camada prevalezcan en condiciones de competencia. Trabaja para que todos los años nazcan toros y vacas mejores que los actuales. Por eso retiene el 80% de sus terneras, y prefiere vender vacas y toros adultos, los modelos antiguos de un rodeo en constante superación.

Es un planteo de selección natural. El progreso genético está dominado por la adaptación al medio, bajo un manejo parejo para todos: no se trata de multiplicar el extremo superior de la curva normal, pues el super-toro o la supervaca llevan a desajustes. El propio proceso selectivo impide que las vacas aumenten de tamaño más allá de lo que las condiciones ambientales y de manejo sustentan: dejarían de preñarse o de parir, y serían excluidas. Esta selección por adaptación al medio no difiere de la que produjo las razas existentes hoy, que casi siempre llevan el nombre de su lugar de origen. Ese medio – caluroso o frío, seco o húmedo, boscoso o abierto – favoreció determinados caracteres en cada raza, que no siempre sirven en otros ambientes. Por lo mismo, la crianza de los toros se hace en el mismo medio y condiciones en que deberán reproducirse, sin agregados artificiales que luego se pondrán de manifiesto.

El antílope o el coyote que habitan el Lasater Ranch ya están adaptados, no hay que refinarlos. Al Beefmaster hay que seguir seleccionándolo y refinándolo para que algún día alcance el mismo nivel de adaptación. Es un concepto de

evolución animal que recuerda al clímax sucesional de la ecología vegetal. Hay que adecuar el ganado al medio y no viceversa, concepto simple pero poderoso, que en estas latitudes ha sido desarrollado por la brasileña Ana Primavesi. Según Lasater, la naturaleza es más sabia que todos nosotros juntos, y todo lo que ella hace ha sido probado a lo largo de milenios. El se limita a ayudarla lo más que puede, pero procura dejarla hacer la mayor parte del trabajo.

El premio Nobel Konrad Lorenz, fundador de la etología, sostuvo – contra la marea ecologista – que la especie humana puede crear, a través de la agricultura y la ganadería, un nuevo medio ambiente equilibrado y a la vez ajustado a nuestras necesidades. Este medio ambiente puede ser tan duradero y productivo como lo era el previo a la intervención humana. Tom Lasater lo viene construyendo desde 1931. Cada uno lo puede hacer en su propio medio. No hace falta comprar Beefmaster sino pensar – como Lasater – desde el potrero.

El tercer Lasater y el Beefmaster universal

Tom Lasater es el paradigma de lo que en EE.UU. se llama “un hijo de la Depresión” (a child of the Depression). Criado en medio de grandes emprendimientos, el vendaval del 29 arrasó casi toda la obra del primer Lasater, su padre. A partir de entonces, su gran aspiración fue independizarse, y eso, junto con su aversión al riesgo, lo llevó a crear esto que es el Beefmaster (y luego, a emigrar de Texas a Colorado).

Lasater es una persona sencilla y su porte físico no es imponente. No tiene los aires de autopromoción o el carisma que uno esperaría en una leyenda viviente. Su falta de afectación sorprende, tratándose de alguien que ha mostrado tamaña determinación, sobre todo una vez cosechadas las mieses del triunfo. Siempre ha tenido una actitud socrática, explicándole a la gente, respondiendo a sus preguntas, sin imponer sus ideas a los demás. Laurie recuerda la luz en los ojos de los oyentes, cuando habían entendido por primera vez algo que quizás habían oído toda la vida. Pero Tom jamás hubiera ido a visitar un rancho para hacer sugerencias; quizás temía ver cosas mal hechas y molestar al dueño al decirselas.

Laurence Lasater, en cambio, es un hombre corpulento, abierto y expansivo. No le importa el “qué dirán”, él va y dice lo que piensa y si al otro no le gusta, peor para él. Y siente que su misión histórica es llevar la obra de su padre a escala mundial, tanto en la raza como en la filosofía. Si el segundo Lasater se fue de Texas, al tercero le tocaría volver a las fuentes. Laurie descubrió cuando tenía 20 años que le gustaba vender toros. Con los años, aprendió que él podía vender muchos más toros que los que podía criar, y que podía hacerlo por otros a quienes no les gustaba o interesaba el trabajo de vender. Pero el problema es que no los había y él tuvo que ponerse a hacerlos.

En 1964 se casó y fue a México a hacer fortuna. Llevaba 28.000 dólares, producto de los regalos de casamiento, y 35 vacas Beefmaster, el presente de sus padres. Comenzó arrendando un potrero y terminó comprando un rancho de 12.500 hectáreas a pagar en cinco años, cosa imposible con lo que deja el mismo campo, y quizás por eso mismo, lo hizo. La sangre del primer Lasater volvía a aflorar al impulso de la expansión de los años 60, debilitado el recuerdo ominoso de la Depresión. En 1972, había pagado el campo, tenía un patrimonio neto de 250.000 dólares, era un ganadero consolidado, había fundado la raza Beefmaster en México, vendía toros propios y consignados, tenía un avión, etc. Dos años más tarde, de vuelta en Texas y habiendo vendido bien el campo, su patrimonio neto era negativo.

¿Qué había ocurrido? Mientras él hacía lo que había que hacer para convertirse en un ranchero, sin saberlo estaba especulando. La crisis de 1973, que comenzó en los granos y siguió en el petróleo, terminó en la ganadería. Hubo que empezar de nuevo. Parte de su experiencia en adecuarse a las nuevas condiciones económicas se vuelca en la segunda parte de este libro: la separación de la propiedad y la administración de la tierra, la necesidad de minimizar la inmovilización de capital, la primacía del factor humano, la importancia del manejo financiero y comercial, etc. Cuando empezó a vender en Texas toros consignados por criadores de Beefmaster, descubrió que ninguno de los clientes de su padre era un gran cabañero de la raza. Su padre les había vendido sus mejores toros, pero no se había movido hacia ellos a enseñarles cómo hacerlos. Eso es lo que Laurie hizo: les vendió los toros, los fue a ver a los campos, les mostró cómo armar los rodeos, cómo marcar, identificar, controlar los terneros, en fin, los puso en el negocio. Le abrió el juego a otra gente que no era tan conocida como los Lasater en el negocio ganadero. Escribió este libro y organizó el mayor mercado de la raza, que se sintetiza en el remate anual de Beefmaster en San Angelo, Texas. Esas son las obras por las que Laurie Lasater quiere ser recordado.

Si el padre nos enseña a trabajar a favor de la naturaleza, el hijo nos indica cómo hacerlo sin perecer en el intento, aprovechando el arsenal del management moderno pero adecuándolo a las peculiaridades de la nueva ganadería. Uno nos enseña a mirar la naturaleza de la ganadería. El otro, a mirar la economía de la ganadería. Pero ambos lo hacen mirando la realidad desde dentro de la empresa de campo. En esta perspectiva desde el rancho radica la originalidad de la obra de los Lasater: es un trabajo de ganaderos, por ganaderos y para ganaderos.

Sobre esta edición revisada y ampliada

La presente edición es la primera en nuestra lengua. La mayor parte del libro original mantiene intacta su vigencia. A veces, parece que tiene más actualidad con el paso del tiempo. En la Argentina hay un dicho sobre Carlos Gardel, nuestro cantante mayor de tangos, muerto en 1935 en un accidente de aviación:

“Cada día canta mejor”. Es un homenaje a su calidad impar, pero también una admisión de nuestra incapacidad posterior para superar su arte. Lo mismo ocurre con las ideas de Tom Lasater, aquí desarrolladas por su hijo mayor, Laurie, cuyo vigor crece con los años. Las modas van y vienen, Lasater permanece. Su permanencia nos ayuda a comprender mejor los fundamentos de nuestra actividad, a distinguir lo duradero de lo pasajero.

Aunque muchas ideas aquí presentadas parezcan escritas hoy, el texto es el de 1972, sin otras quitas ni agregados que los que se detallan a continuación. El autor y el traductor hemos acordado en suprimir dos capítulos (XII y XIII) de la edición original, referidos al alambrado suspendido y a una propuesta de comercialización de ganado, que no hacen al núcleo permanente de la filosofía Lasater. Algunos párrafos del capítulo XIII han sido incorporados al capítulo XI de esta edición. Asimismo, el capítulo XIII en la presente versión (XV en la original), “El Origen de la Raza Beefmaster” es una versión ampliada y actualizada del capítulo original. Por lo demás, la primera parte del libro es una versión textual del original.

La segunda parte del libro es nueva. Consta de otros tres capítulos, basados en escritos y conferencias de Laurie Lasater entre 1987 y 1993, referidos a la problemática actual de la ganadería. No tengo palabras para expresar mi reconocimiento al autor por su confianza y su amplitud de criterio respecto de esta edición revisada y ampliada en español.

Sobre esta traducción

He procurado vertir el texto inglés con fidelidad al original y facilidad para su lectura. No he querido transformar esta versión para dotarla de un español fluido que oculte su origen inglés. Una traducción lo es siempre de algo escrito en otro idioma, y será distinta de lo que el traductor hubiera escrito para expresarlo en su lengua. Vladimir Nabokov, que algo sabía de literatura y de lenguas, sostenía que una traducción no debe avergonzarse de serlo, pues el riesgo es reescribir la obra más que traducirla. Si uno ha de traducir, deberá dejar que el estilo personal y la impronta de la lengua del autor sea perceptible en la versión. El autor es un ganadero texano, y espero que su libro no suene a estanciero argentino.

He respetado el concepto de “filosofía Lasater”, aunque en español no sea común el uso de la palabra “filosofía” con referencia a actividades materiales, ni la omisión del posesivo “de”. Quizás hubiera sido más correcto escribir “Los principios de Lasater para la cría vacuna”, pero cualquier lector informado hubiera retraducido “la filosofía Lasater” por referencia al original. Espero que mi traducción sea buen español, pero que a la vez sea mejor Lasater.

Aunque esta versión castellana se edita en la Argentina, he procurado que no fuera localista. A veces, no he podido obviar el uso de los términos usuales

en mi país (rodeo, ternero), que pueden sonar extraños para mis colegas del resto del continente. A veces, he agregado entre paréntesis el término inglés para facilitar la lectura. He convertido libras y acres al sistema métrico decimal. Los lectores del hemisferio sur deberán tener en cuenta la inversión de las estaciones del año.

Dr. Marcos Giménez Zapiola
Buenos Aires, Argentina



Tom Lasater y Marcos Giménez Zapiola
(Lasater Ranch, 1995).